

—¿Pues entónces?—replicó la señora Chambly.

—Podríamos entrar en un taller de modas.

—¡Oh!—dijo la señora, haciendo un gesto de horror.

—O en casa de una gran modista á aprender el oficio.

—¡Eso es arriesgado!

—O en un gran almacén para despachar en el mostrador. O en una casa al por mayor. ¡Las dos juntas!

—¿Y es eso lo que habeis encontrado?—repuso la viuda.

—¡Ya veis!—murmuró Colette, no sabiendo ya que decir. Me parece que todo eso es lo que podríamos pretender.

—O entrar en un convento. Y aun para eso se necesita un pequeño dote—dijo Juana.

—¿Y me perdonaríais si os dejase en perspectiva un porvenir tan incierto?—dijo la señora Chambly.

—¿Por qué quereros mal?—contestó Juana dirigiéndola una cariñosa mirada.

¿Era aquello presentimiento ó emoción?

El encanto de aquellas dos jóvenes á quienes habia educado, que habia hecho suyas, ejercia despues de todo, sobre aquella alma seca y fria, la misma influencia que ejercen los rayos de un sol de primavera sobre los hielos de los Alpes.

De todos modos, la señora Chambly las reunió en un abrazo y las dijo:

—¡Pues bien, yo, queridas mías, no me lo perdonaría! ¡He tardado demasiado en asegurar vuestro porvenir! Mañana no tendreis nada que temer y estareis garantidas contra la miseria y la pobreza. Desde ahora puedo deciroslo, si me ocurriese una desgracia, allí en aquel mueble encontraríais un escrito por el cual os doy á cada una un dote que os permitirá evitar ese terrible convento, y sobre todo, los lances de una vida de la cual no conoceis, ni los peligros

ni los sufrimientos. ¿Me comprendeis? ¡Sereis ricas; quiera Dios que seais felices!

Por un movimiento espontáneo, Colette y Juana se arrodillaron ante su protectora y ésta sintió que las lágrimas de las jóvenes la humedecían las manos.

La Brasileña no tuvo, tal vez, más que un momento de verdadera ternura, pero lo tuvo y pudo decirse á sí misma que aquellas lágrimas pagaban con exceso una fortuna que no la pedían.

—Y ahora, id á dormir,—las dijo,—y soñad en un porvenir tranquilo.

Un testigo asistía á aquella escena, un testigo invisible:

Justina.

Aquella escena hizo que desechara sus últimos escrúpulos.

¡Ella sabia ahora lo que contenia aquel papel adornado con el timbre del Estado!

Aquel papel era para ella la ruina sin esperanza.

Ahora bien; estába allí á dos pasos y no habia otro segun todas las apariencias.

Acababa de hablar con el cochero en la cocina y Bidoux la habia animado.

Bidoux la sostenia enérgicamente.

El grueso cochero, al recibir la orden de ir á buscar al notario, por la mañana temprano, habia lanzado un juramento terrible murmurando:

—¡Es preciso que la vieja muera esta noche! ¡O desgraciados de nosotros!

Este Bidoux tenia un vocabulario propio y especial.

No empleó la expresion morir, sino otra infinitamente más enérgica.

La pluma tiene sus pudores.

Justina estaba un poco agitada cuando entró en la habitacion de su ama.

—¿Están en sus cuartos las señoritas?—preguntó por decir algo.

—Sí.

—¿Va á acostarse la señora?

—Al instante.

Justina era una doncella de hábiles manos, de un servicio agradable, que entendía las cosas á media palabra que se la dijera, y obedecía con rapidez y silencio. No andaba sobre la alfombra, se deslizaba como una silfide.

Estas cualidades se aprecian.

Antiguamente se prefería más abnegación y menos destreza.

Los criados eran de la familia.

Justina, en un abrir y cerrar de ojos, arreglaba todo con un arte estremo.

A las diez menos diez, una semi oscuridad reinaba en la habitación de la Brasileña, en donde Justina había encendido una lamparilla, sepultada en una cascada de encajes.

La señora Chambly, con la cabeza apoyada en sus almohadas, bajo la avalancha de satin y de *peluche* que caía del techo á la cabecera de su lecho, reposaba muellemente, garantida contra el frío, su enemigo, por la seda y el plumon de sus edredones.

Dejó escapar un suspiro de contento y bienestar.

¡Qué bueno es vivir!

Se sentía mejor que nunca. La fatiga del viaje á París se había disipado. A despecho de sus continuos lamentos, se dijo sonriendo en aquel caliente y blando nido, que no estaba próxima á espirar y á renunciar á tan bellas cosas.

Que á Dios gracias le quedarían aún muchos años que vivir.

Pero la doncella Justina vigilaba.

La Brasileña oyó un ruido de cristales al chocar.

Justina preparaba el vaso de agua perfumada que la daba todas las noches.

En la obscuridad del rincón en que se encontraba, echó en el vaso de agua una gota del frasco azul, una sola.

Aquello puso el agua ligeramente alechada, y

la doncella sintió un ligero olor de *Kirsch* muy fino.

—Traedme el agua—dijo la Brasileña con chillona voz.

Justina se acercó con el vaso en una mano y la cuchara de plata sobredorada en la otra, y presentó el vaso á su ama, que lo cogió sin desconfianza.

Pero en el momento de mojar en él sus labios vaciló.

Lo levantó y lo contempló con atención durante algunos segundos.

El agua había vuelto á tomar su cristalina limpidez.

Se lo bebió á grandes tragos.

Justina esperaba á la cabecera de la cama con el corazón oprimido.

Urbano Salvador no había dicho la verdad exacta á su cómplice.

El efecto no fué tal como él lo había anunciado, sin duda para desvanecer los temores de la doncella.

La señora Chambly ahogó un grito y se incorporó por un terrible espasmo.

—¡Ah, miserable!—dijo.

Justina, asustada, la arrojó una almohada sobre la cabeza para ahogarla.

En aquel momento la hubiera dado de puñaladas para impedirle que hablara y poder escapar.

Urbano salvador no se equivocó más que en algunos segundos.

La señora Chambly cayó como herida por un rayo, llevándose las manos al pecho como para arrancar de él una garra que la destrozaba.

Justina sentía disminuir la resistencia; los brazos de su víctima se extendieron sobre la colcha, donde se clavaron sus crispados dedos, y el cuerpo, ya un cadáver, se hundió en el lecho en el sitio de donde acababa de levantarse.

Quando Justina se atrevió á descubrirla la cara, la muerta fijaba en ella sus ojos completamente abiertos. Sus facciones estaban rígi-

das, por la corta, pero terrible tortura que habia sufrido.

Justina enjugó un sudor frío que la mojaba las sienes y permaneció jadeante enfrente de aquella cabeza que la amenazaba.

No debía olvidar la más.

Tuvo miedo de aquellos grandes ojos irritados y los cerró con rápido movimiento.

Y siempre con un movimiento lento, se volvian á abrir los ojos de la muerta como para aconadarla.

Por fin la cara perdió su rigidez.

Tomó la calma del sueño, y Justina se vió desembarazada de aquella pesadilla.

Entonces pudo reunir sus ideas.

Bien considerado todo, á pesar de su corto desfallecimiento, era una cabeza fuerte.

La tarea que acababa de cumplir no era de esas que se ejecutan con el corazón tranquilo.

Se terminó sin obstáculo.

Justina respiró y tomó sus medidas.

Estaba sola en la vasta habitación, cuidadosamente cerrada.

Para mayor seguridad, echó los cerrojos y se salió de ella.

El castillo estaba en el mayor silencio.

A lo lejos se oía tan solo el ruido producido al cerrar algunas puertas.

La habitación de las jóvenes estaba separada de la de su protectora por un inmenso gabinete de tocador.

Justina se encontraba en posesion del departamento de la muerta y de sus tesoros, si estaban en él.

Es verdad que lo más difícil estaba hecho, pero aun quedaba algo que hacer.

Completamente rehecha de su terror, arregló los alrededores del lecho para que el fallecimiento pareciera lo más natural del mundo.

Después, despacio, sin precipitarse, registró los bolsillos de su ama y no la costó trabajo encontrar las llaves, y entre ellas la más preciosa, la del secreter.

Una vez abierto el mueble, pudo formar el inventario de su contenido á su satisfaccion.

Nadie la molestaba.

Únicamente ella tenia entrada en el departamento de la señora Chambly, sobre todo á aquella hora.

Los otros criados estaban en las cocinas ó en sus dormitorios.

Bidoux, sentado á la mesa con el jardinero, autor de aquella obra maestra de perversidad que se llamaba Justina, jugaba á las cartas con el viejo horticultor, un buen hombre, para quien la vista de los bienes de la tierra inspiraba gustos de patriarca.

Justina encontró en el primer cajon un gran fajo de billetes de banco y un precioso cofrecito lleno de oro.

No pudo resistir á la tentacion.

No era aquello lo que buscaba, pero cogió una parte, con una prevision que merece alabanzas.

Se apoderó de dos ó tres billetes de mil francos y quince ó veinte luises, una bagatela, y los guardó en el bolsillo procurando que no sonaran, pero dejó el grueso fajo que ascendia á unos diez mil francos.

En otro departamento encontró alhajas de mucho precio, diamantes, piedras preciosas, sortijas y pulseras; la deslumbraron, pero de nuevo su prudencia triunfó de su ambicion.

No se adjudicó más que un par de pendientes de tornillo y una sortija con brillantes, de un precio módico, para cuando pudiera gozar de su pequeña fortuna, honradamente adquirida, y respetó el resto como muy en desacuerdo con su futura condicion.

Cuando no se tiene más que una docena de miles de francos de renta, no se lleva en las orejas solitarios de diez mil escudos.

Justina estaba dotada de un buen sentido práctico y razonaba como la sabiduría en persona.

Lo que la faltaba, el verdadero valor, era el

precioso papel que la señora Chambly le había dejado entrever.

Continuó el registro y pronto lo vió, hecho cuatro dobleces, solo, en uno de los cajones del mueble.

Curiosa, como lo son todas las hijas de Eva, se apoderó de él, diciendo cínicamente:

—¡Por fin! Vamos á saber lo que la vieja tenía en el buche.

¡Tened consideraciones á criadas que os tratan con tan poca atención!

Urbano Salvador había tenido una verdadera suerte, al menos por el momento, en dirigirse á una persona tan entendida en asuntos y tan pronta en su ejecucion.

Veinticuatro horas más tarde todo hubiera estado perdido.

Hé aquí lo que contenía aquel documento:

«Antes de hacer estender mi testamento y para el caso en que fuese sorprendida por la muerte, escribo mi última voluntad.

»Quiero que se hagan tres partes de mi fortuna.

»Encargo al señor Pescheux, notario de No-roy, en quien tengo confianza, de hacerlo como mejor le parezca.

»Los inmuebles serán vendidos por él, comprendiendo en ellos Montiers, posesion que ninguno de mis legatarios será suficientemente rico para sostener y cuidar.

»De esas tres partes, la primera sera convertida en rentas vitalicias que no podrán variar-se, y será para mi sobrino Urbano Salvador, cuya ruina es segura.

»Doy las otras dos, por partes iguales, á mis hijas; quiero decir, á las dos infortunadas que recogí cerca de Barfleur durante la guerra de mil ochocientos setenta, á quienes he hecho educar, y que se llaman: la una Colette Aubin y la otra Juana Barfleur.

»No podrá haber error acerca de sus personas, puesto que residen conmigo en Montiers y

no se han separado de mí desde mil ochocientos setenta.

»Las lego esta fortuna como agradecimiento al cariño que me profesan y al encanto con que han rodeado mis últimos años.

»El señor Pescheux dará dos mil francos á cada uno de mis criados, y tres mil á Justina Perron, mi doncella.

—¡Tonta!...—murmuró la hija del jardinero.

Y continuó:

»El señor Pescheux guardará igualmente veinticinco mil francos, á título de honorarios, por su trabajo.

»Y por último:

»Dividirá mis alhajas en partes iguales entre mis dos hijas adoptivas.

«Hecho en Montiers el 1.º de abril de 1882, en pleno conocimiento y firmado de mi mano.

»JUANA SALVADOR,

vinda Chambly.»

Justina estaba ahora completamente tranquila.

Y si había tenido un minuto de remordimiento, no quedaba ya la menor huella de él en su espíritu.

—El documento me parece en regla—dijo. Con él se tendrá á raya á ese Urbano Salvador. Será preciso liquidar con ese buen hombre, y sin tardar. ¡Tenía razon la tía. Los millones no le durarán mucho! La señora no me olvidaba; ¡pero tres mil francos!... ¡Buena cantidad! ¡Me tocará más que eso, vieja mía!

Se volvió y miró hácia el lecho para ver si algo se movía en él.

¡Todo estaba bien concluido!

La muerte había completado su obra.

Justina registró el escritorio, de arriba abajo, teniendo mucho cuidado de dejar las cosas en el estado en que debían estar.

En seguida lo cerró todo con cuidado y volvió

á colocar las llaves en el bolsillo de donde las habia cogido.

No quedaba ya más que salir sin dar á nadie la voz de alerta.

Nada más fácil.

Cuando desde la puerta de la habitacion se volvió para dar el último vistazo á su obra, nada indicaba el menor desorden.

Nada indicaba una catástrofe.

Justina, satisfecha, se fué de puntillas á su habitacion.

Llevaba el dinero robado y el testamento de su ama, del cual esperaba hacer un arma temible para proyectos confusos aún.

Pasó la noche sin que pudiera cerrar los ojos.

La gesticulante cara de la Brasileña la perseguía.

Por la mañana, cuando abrió las persianas de la habitacion de su ama, lanzó un agudo grito y tiró con violencia del cordón de la campanilla.

Acudieron los demás criados.

Pronto estuvo toda la casa al corriente de la siniestra noticia.

La señora Chambly habia muerto de repente.

Bidoux fué á Compiègne, desde donde expidió un telegrama á Urbano Salvador, y llevó á Montiers al doctor, cuyos cuidados eran ya inútiles.

Aquel excelente médico, examinó detenidamente á la muerta y se dió la satisfaccion de declarar que su cliente habia sucumbido por la rotura de una aneurisma, y que él pronosticaba aquel fin desde hacia algunos años.

El señor Pescheux, más desconfiado, se admiró de no encontrar alguna demostracion de la voluntad de la señora Chambly, voluntad de la cual le habia hablado con frecuencia á él, y para cuya ejecucion le habia suministrado informes sobre la cuestion de forma.

Pero el estado de la habitacion excluía hasta la idea de un robo.

El señor Pescheux, en presencia del único heredero que entraba con perfecto derecho en posesion de los bienes de la difunta, hizo constar que se encontraban en el escritorio sumas bastante importantes, que una mano ávida no hubiera, con toda seguridad, respetado.

El notario tuvo sus desconfianzas secretas.

Colette y Juana no acusaban á nadie y no podían pretender nada.

Eran víctimas de una de esas catástrofes contra las cuales son impotentes los hombres, y de la negligencia de su bienhechora, sorprendida por la muerte ántes de haber arreglado sus asuntos.

Urbano Salvador se mostró lleno de benevolencia para con ellas.

Las ofreció generosamente hospitalidad en Montiers hasta que pudieran encontrar un empleo, asegurándolas, no sin alguna ironía, su benevolencia para el porvenir.

Siguieron vestidas de luto el entierro de su bienhechora, sin quejarse, resignadas con su suerte.

Y al día siguiente, la mayor, Colette Aubin, fué á buscar á su gabinete al Brasileño, que habia tomado ya posesion de la fortuna de la muerta.

—¡Caballero—le dijo—siempre os habeis mostrado condescendiente para con nosotras!

—Para con vos, sobre todo, Colette. ¡Vuestra hermana tiene un orgullo tan imponente!

—¡Pobre Juana!

—¡Y vos un rigor!... ¡Pero ya os suavizareis!

Colette hizo como que no le entendía.

—Vos sabeis que os adoro, Colette,—repuso con tono acariciador.

Colette se hizo la sorda.

—Vengo á pedir os un favor—dijo.

—Hablad.

—¿Quereis decir que nos lleven á Compiègne, á Juana y á mi?

—¿A Compiègne, hija mía? ¿Y para qué?
 —Para tomar el tren.
 —¿Os vais á?...
 —A París.
 —¿Ya? ¿Y qué hareis en París?
 —Lo que podamos.
 —¿Teneis dinero?
 —¡Nuestras economías! Quinientos ó seiscientos francos. La señora Chambly era muy buena para nosotras.
 —¿Y qué es eso? Nada. La miseria dentro de ocho días.
 —Nos colocaremos.
 —Os forjais ilusiones, Colette—dijo Urbano.
 —Pero, escuchadme bien.
 La cogió una mano, que ella no se atrevió á retirar.
 Sin embargo, los brillantes ojos de Urbano la inquietaban.
 —Siempre que,—dijo Urbano acentuando las palabras,—tengais necesidad de un apoyo, de un consejo, ó de dinero, no teneis más que llamar á la puerta del hotel Salvador. Siempre estare allí para vos.
 Colette se puso colorada y retiró la mano con suavidad.
 —Juana me ha encargado que os pregunte si podremos llevar nuestros efectos,—dijo Colette.
 —Todo lo que querais.
 Urbano la devoraba con la mirada.
 Tenia razon. En verdad que hubiera sido una encantadora querida.
 Pero pensó para sí:
 —¡No ha llegado el momento!
 —¿De modo que estais completamente decididas?—preguntó.
 —¿Qué podriamos hacer mas que estarlo?—dijo sencillamente Colette.
 Era verdad.
 A menos de compartir con ellas la herencia de Chambly él no podia tenerlas á su lado.
 —¡Os he dicho, Colette,—repuso Urbano,—que siempre me encontrareis cuando recurrais

á mí! ¡Cumpliré mi palabra! ¡Acordaos! Y para principiar y como al llegar á París tendreis necesidad de algunas cosas...

Cogió un cartucho, conteniendo oro, uno de los que Justina habia dejado prudentemente y lo puso en la mano de Colette.

Esta vaciló un segundo, pero Urbano añadió:
 —Mi tia os hubiera dado cien veces más, si hubiera tenido tiempo de arreglar sus asuntos. Aceptadlo de su parte, si lo rehusais de la mia.
 La oferta fué hecha con delicadeza.

Colette conmovida, cogió el dinero y guardó silencio.

El Brasileño se inclinó sobre la mano de ella y la tocó con sus labios.

—¡Os amaria tanto si quisiérais!—la dijo.

Colette no se incomodó.

Sonrió melancólicamente, se encogió de hombros, dijo: «¡Adios!» y salió.

Dos horas más tarde, vestidas de luto, montaban en el ómnibus del castillo, que, cargado con sus equipajes, las esperaba á la puerta.

Urbano Salvador lanzó una mirada á Colette, que se puso colorada, y volviéndose hacia su ayuda de cámara:

—¿Ves á esas señoritas? —le dijo. — Estaré siempre en casa para ellas.

—Está bien, señor.

Y el Brasileño pensó:

—Nos volveremos á ver.

El ómnibus, conducido por Bidoux en persona, se puso en movimiento y tomó la carretera de Compiègne.

Las dos desheredadas salian pobres de un castillo que las pertenecia, y se iban de él, ignorantes de la vida y de sus miserias, á afrontarlas con el valor de la juventud y el orgullo de corazones que no quieren ni deshonras ni limosnas.

Y solas, sin apoyo, casi sin recursos, se ponian en marcha para lo desconocido.

